

YO

Jesús Enrique Barrios

"Es mucho más difícil ser voluntariamente pobre, cuando se debe ser pobre, que cuando también se puede ser rico".

L. Wittgenstein.

.I.

Agobiado por el hecho de existir, copio estos signos que intentan no sé qué indentificación. Se trata de aclarar una acusación cualquiera y deshacerme de una incómoda carga que dificulta el itinerario de mis días. Ruego se me excuse por los circunloquios a que debo recurrir en procura de anfibológicos significados.

Con certeza ocurrió en el siglo más importante del pensamiento. En uno de los peldaños que dan acceso al Areópago, Sócrates Alopecense, quien ulteriormente sería de Atenas por ofrenda ciudadana, recordando el botín del tirano-conquistador, exclamó; "¿Cuántas cosas hay que no necesito!". Y con su ruido característico de amasar las verdades, repetía a menudo aquellos yambos citados por Diógenes Laercio:

Las alhajas de plata
De púrpura las ropas
Útiles podrán ser en las tragedias
Pero de nada sirven a la vida.

Para siempre esa idea vendría a zarandear diversos acontecimientos que se agregarían a mi maltrecho destino. Es asunto que trasunta mi posición ante el grupo en el cual militan mis actividades y define el comportamiento inicial de mi juventud. Es el principio de la lucha contra la tentación del muestrario que habría de salirme al paso. Me refiero a las tentaciones que se multiplican en mi egoísmo. Rechazo cualquier otra insinuación. Realizo un análisis superficial sobre el mundo: el placer, con toda seguridad provoca mi naturaleza; la misma racionalidad se hace sensual y busca su complacencia. Las cosas han de ser aprovechadas en todo su esplendor y debo obtener de ellas sus sabrosas consecuencias.

Atirmo, no sin una dosis de duda, que la cuestión surgió con motivo

de una invitación orgiástica en la casa de campo del General Rodrigo de la Hoz, Presidente activo del Instituto. Frente a tanto derroche y deleite se destacaría, con signo irreversible mi envidia. ¿Por qué no yo? Me decía. ¿Por qué el otro?

Ese vaho milenario que aun se frota en las carcomidas ruinas de la Acrópolis se adhiere a mis sitiadas cavilaciones. "¡Cuántas cosas hay que no necesito!". A mi alrededor la vida se imbricaba en un lujo que incitaba a mis cuantiosos apetitos. Y mi propia naturaleza me compulsaba a pertenecer al grupo de los que nunca hacen nada y cuyas opiniones son consideradas como las más influyentes en el acontecer del país. Con signo recurrente sentía venir aquel juicio que se estrujaba en mi conciencia. Y de nuevo, como deshaciéndome de una burla, discaba el teléfono y en un santiamén organizaba uno de esos convites que necesitaba para sentirme rodeado de ministros, artistas, agentes de seguros, diplomáticos, comerciantes, militares y periodistas.

La moderadura de la envidia había hecho un fatal efecto sobre mí. Pero la actitud y la cicuta tomadas por aquel hombre hostigaban mis más íntimos impulsos. Ellas demostraban la existencia de un resplandor donde había sido posible la justicia. En consecuencia, hemos aquí intentando justificaciones que hagan posible la paz interior. Imposible lograrla. No hay forma de expurgar lo que se ha convertido en mortificación cotidiana. La fe ha sido soslayada y el hedonismo guía mis pasos. La duda también inclina mis decisiones hacia el lujo y el placer. Ni siquiera la confesión me permitía un alivio. Tal es el escenario en el que batalla mi enlaguecida esperanza y donde mi personalidad ha adquirido fama e importancia.

.II.

En Orvieto, más allá de la mitad del siglo XIII, Tomás de Aquino, mejor conocido como santo, se iniciaba en la lectura de Proclo. Venía de París. ¡Ah, París!. ¡Siempre París!. El placer y la vida cara. Mujeres que hablan todas las lenguas; artistas que han aventurado todas las formas; poetas que han iniciado todas las tendencias; pensadores que comunican el laberinto germano con el mundo latino; príncipes y políticos que alardean de lo nuevo y mantienen los privilegios de lujo.

En la Fragua Mayor, Tomás hablaba y discutía con Pablo de Azúa, el herrero maestro, en torno al nuevo ventanal del monasterio. Fue ahí, en medio del fragoroso forjado del hierro cuando el filósofo dijera: "La bondad de cada ser consiste en que se comporte conforme a su naturaleza". ¿Quería obtener mejor precio? ¿Mejor calidad? ¿Regateaba a favor de la iglesia?/. ¿Establecía uno de los fundamentos para su Etica?. Es preferible afirmar la convergencia interrogativa. Ciertamente esa idea no lo dejaría en paz y la desarrollaría hasta sus últimas manifestaciones. A la caída del día, en el recinto monacal, ayudado por la luz del candelabro, completaría su concepto con el pensamiento agustiniano que tanto le embelesaba: "De Dios tienen las

naturalezas lo que son como naturaleza y en tanto son ellas defectuosas en cuanto se apartan de los planes de su dueño que las ha ideado”.

Tales pensamientos me salían al paso y dejaban caer un chorro de vitriolo en mis destartaladas expectativas. En ellos me debatía, tratando de buscar un asidero. ¿Acaso podría mancillar a mis antepasados?. ¿Mi descendencia se mancharía con mi actitud?. Y este embrollo moral, ¿no morirá conmigo?. ¿Todo esto no será más que una simple especulación lingüístico-conductual?. ¿O un atavismo totémico que incubaba en mi sangre restos de un naufragio religioso?. ¡Ah, pobre sabiduría. Sin embargo, es lo cierto que en mí palpita una tormenta y en ella mi conciencia se siente perdida.

Salía del instituto a las cuatro y media de la tarde y era mi costumbre sentarme en la barra de la Cervecería Maracaibo y pedir un whisky con soda. Allí daba rienda suelta a mis reflexiones. Qué lejos estaban Sócrates y Tomás de Aquino. (Nunca he podido decir Santo Tomás. Cierta duda me lo impide.) Qué cerca estaba el General. Esta época ha diseñado nuevas formas de vivir, nuevos valores. Es aquí, en el siglo veinte, en Venezuela, en la confusa ciudad de Caracas, en pleno zafarrancho petrolero, donde cualquiera con un golpe de suerte amanece rico, muy rico y en consecuencia echa por la borda cualquier escrúpulo y esfuerzo que impliquen moral, religión, filosofía. Sólo vivir en medio del derroche le da contenido y rumbo a este juego de luces y sombras que hemos dado por llamar días y noches. A medida que consumía el whisky una idea se abría paso en mis reflexiones; “debo actuar conforme a mi naturaleza”.

Con motivo de una recepción del Instituto en el Hotel Tamanaco, tuve la oportunidad, esta vez fue la segunda oportunidad, de oír de viva voz del General cuando hablaba de su yate, su avión, su hacienda y sus inversiones en Miami. Se jactaba al mismo tiempo de haber sido un subteniente pobre, que todo se lo debió a un tal Eusebio Giménez de Táriba a quien ahora le decía Don Eusebio, debido al enriquecimiento que logró gracias al contrabando de café proveniente de Colombia. En ello vibraba la férrea mano del General Rodrigo de la Hoz.

.III.

En la Universidad de Friburgo, el taciturno filósofo Martín Heidegger daba rienda suelta a su creación. En él, casi en penumbra y a escondidas de la memoria fluía un río que se había gestado con Tales de Mileto hasta nuestros días. Es privilegio de quien vive creerse depositario de los errores del pasado y convertirlos -¡oh inasible presente! - en la verdad en boga, o lo que es lo mismo, crear un nuevo error para el futuro, Heidegger conocía el esfuerzo, unitario de la ética socrática; sabía del criterio cristiano de las naturalezas según “su dueño” y vivía chapoteando en las multívocas corrientes nihilistas que desembocaban en nuestro mundo tratando de disputarse la riqueza

desecadenada por el proceso industrialista del siglo pasado. Bajo los abedules de Goethnestrase articularía aquellas expresiones; "El ser no es Dios ni el fundamento del mundo...La esencia de la verdad es la libertad...El ser mismo es el que hace posible todo...En la misma médula de la existencia, la nada va disolviendo al ser en la nada".

Esa instancia estremeció el alcance que podía lograr desde mi convivencia. En esa dimensión logré vislumbrar la arista de un relámpago. Entonces supe que proceder según otros, no era más que una maldición histórica. Tenía que deshacerme de esa seguidilla, que sólo sirve para envolvernos y maniatarnos a todos por igual.

Fue entonces cuando se apareció ante mí aquella revelación salvadora de Jean Paul Sartre, "L'homme n'est rien d'autre que ce qu'il se fait". (El hombre no es más que lo que hace de sí mismo). Bastó esta idea para llegar con claridad y distinción adonde me había propuesto; Mi libertad es asunto que debo administrar según el dictado de mi convicción y ésta ha de ser lograda por mí mismo, a como dé lugar, sin importarme otra consideración más allá de mí y de mi época.

El golpe de gracia estuvo marcado por aquella llamada telefónica del General:

-Licenciado, quiero que me acompañe a Miami en misión oficial. Fue en Miami donde logré borrar esos caminos que asediaban mi conciencia. En Miami sucedió lo increíble. El General demostró su poderío cuando envió por la aduana de Puerto Cabello un cargamento por el que nunca pagó ni un céntimo de impuesto. ¡Qué contactos! ¡Qué poder! Sin embargo sus mejores inversiones, sus más cuantiosas inversiones estaban colocadas en el negocio de bienes raíces a lo largo del Estado de Florida, al mando de dos puertorriqueños y un aventurero americano que había estado varias veces preso por estafas fiscales.

De ahora en adelante mi destino arrearía hacia los múltiples goces de la realidad. Mi decisión tuvo lugar cuando el General, en un alarde de simpatía y confianza me enseñó una cuenta bancaria por ochocientos cuarenta y dos mil dólares. Entonces las perspectivas me avasallaron y un escalofrío que recorría mi cuerpo se mezclaba a mi desatada envidia y me hacía repetir en mis adentros: ¿Por qué el otro? ¿Por qué no yo?. Era mi tercera oportunidad. Tenía que actuar, de lo contrario la vergüenza de la miseria seguiría sellando mis posibilidades. ¿Quién sino yo debería responder a este llamado?. Sólo yo puedo inmiscuirme en el seguimiento de mis actos. Sartre lo había dicho: el hombre no es otra cosa que lo que él mismo se hace". Es mi ser el que debe cumplir con sus más profundos atributos vocacionales. ¡Ahora soy yo!. Comprendí con claridad que todo estaba permitido para el hombre de mi época. Ciertamente, me dije, en el mundo de Sócrates no existía ninguna producción en serie, no existían estas tentaciones, de lo contrario otra hubiera sido su posición al respecto. Ya me gustaría verlo en Miami,

rodeado de tantas maravillas. Además, Tomás de Aquino había vislumbrado la posible actuación de acuerdo con nuestra naturaleza. Y mi naturaleza caía vencida ante tanto lujo y posibilidad. El propio Heidegger sentenció que el ser mismo es el que hace posible todo. Más claro no canta un gallo. No podía vacilar. No podía estirar más la tentación. *Alea jacta est*. Sólo cuando la luz se niegue a salir del sol dejaré pasar esta oportunidad, me repetía. Seguí, pues, el curso de los acontecimientos y en medio de negocios y festejos, enfilé mi destino por las huellas del tirano-conquistador, del herrero-maestro y de los múltiples agentes de comercio de Miami, para quienes todo es posible cuando es el dólar quien exige. La vida había sido hecha para que la viviéramos y no solamente para soñarla. No tenía sentido rendirle cuenta a ningún ser que jamás nos acompaña ni nos hace recipiendario de ningún valor.

A los pocos días de mi regreso a Caracas, un jueves al mediodía me ausenté del instituto y fui directo a la cervecería y pedí un whisky con soda, y en vez de reflexionar, me limité a acariciar un cheque por la cantidad de trescientos ochenta mil bolívares, que en pocas horas iría a depositar en mi cuenta en el banco. No obstante, por una curiosa evocación refleja quise decir (no sé si era el tercer whisky) Yo... y oí cuando en mis adentros bajo el poderoso hechizo del cheque que no cesaba de acariciar, dije; yo peculador.
